

## **Presentación del libro: La Central Lafayette**

### **Autora: Dra. Gloria Tapia**

**Presentador: Miguel Rodríguez López, Arqueólogo,  
Rector CEAPRC**

**6 de septiembre de 2014**

**Biblioteca municipal de Arroyo, Puerto Rico**

**7 de octubre de 2014**

**UPR-Utuado, Puerto Rico**

El libro de la Dra. Gloria Tapia sobre la Central Lafayette es producto de un intenso trabajo de investigación para cumplir con el requisito de la preparación de una tesis doctoral en Historia en el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Aunque soy el Rector del Centro, confieso que por razones ajenas a mi voluntad no estuve presente en la defensa de tesis de Gloria, aunque recibí un informe del Decano Académico, el Dr. Jaime Rodríguez Cancel sobre el exitoso proceso académico y sus resultados. Con un director de tesis como el Dr. Luis González Vales, quien además de ser el Historiador Oficial de Puerto Rico, es un reconocido investigador en temas históricos de todo tipo, y con el Dr. Marcial Ocasio como uno de los lectores, la tesis de Gloria no podía tener otro desenlace que el que felizmente ha tenido.

Como Rector siempre he dicho que el momento más importante en la vida académica de un estudiante del Centro es la entrega y la aprobación de sus tesis, cuando es de Maestría, y la presentación y defensa de su tesis frente a un comité de expertos y frente a la comunidad académica, cuando se trata de un estudiante Doctoral. Pero le añado que igual de importante y trascendental es el momento cuando esa tesis se publica y se circula y se da a conocer como una aportación al país, como se está haciendo en la presentación de esta noche y se hará en otras presentaciones que ya han sido programadas. Y es que en el Centro contamos con muchas, tal vez decenas, de tesis publicadas de temas de historia, literatura, arqueología, arte y cultura, que son verdaderos aportes al conocimiento de la nación puertorriqueña, de su pasado, de su

presente, y esta publicación de la Dra. Tapia Ríos es sin duda alguna una de las más significativas en esa categoría.

Cuando hace algún tiempo la querida amiga, Dra. Gloria Tapia Ríos, me pidió que presentara su libro sobre la Central Lafayette, me lanzó un reto del cual no me podía escapar. No lo había leído, pues acaba de salir de la imprenta hace poco tiempo, y por su título, y por tratarse de una excelente tesis doctoral en historia, pensé que se trataba de lo que se ha llamado entre los historiadores, un libro de *historia de centrales*, como si se tratara de un género historiográfico. Pero tampoco es un libro de *historia de familias distinguidas*, de los que también se han escrito muchos en Puerto Rico, aunque se utilicen familias como y apellidos como Fantauzzi y otros, para desarrollar la investigación.

Los de ustedes que me conocen saben que soy arqueólogo, estudioso de la historia antigua, de los pueblos y sociedades originarias, como se les llama en estos tiempos, de la etnohistoria y también activo participante de los procesos culturales de Puerto Rico. No soy experto en centrales, ni en el siglo XIX.

Mi relación con la industria del azúcar es tangencial. Me crie cerca de la antigua central San José en Rio Piedras, cuando solo quedaba en pie su chimenea con el nombre. Como arqueólogo caminé por cañaverales en busca de yacimientos indígenas, y sé lo que es rascarse con la pelusa de la caña, y lo que es sentarse sobre un montón de paja seca y tener que salir corriendo por los alacranes; pero también mi primer trabajo estable fue dirigiendo el Museo de la Universidad del Turabo, cuando don Ricardo Alegría, el maestro de muchos de nosotros, lo fundó en una de las casas de plantación de madera de la antigua Central Santa Juana en el valle del Turabo.

Pero como bien me dijo la Dra. Tapia Ríos, al seleccionarme para esta tarea ella buscaba una persona que pudiese analizar su libro sobre la Central Lafayette, no necesariamente desde una perspectiva historiográfica, pero desde una perspectiva antropológica, social y cultural, y espero no defraudarla. Y parece que a Gloria le gustó la primera presentación que hicimos en Arroyo, en medio del lugar donde ocurrieron los acontecimientos narrados en el libro, porque me pidió que hiciera esta segunda presentación en la UPR de Utuado, un lugar donde tengo tantas amigas y amigos queridos, entre ellos los profesores Rodolfo Lugo, Reniel Rodriguez y Sandra Seiders, entre otros.

He estado presente en interesantes y novedosas presentaciones de libros de literatura a cargo de expertos en arte, y también al revés; en libros de historia por geógrafos, de arquitectura por artistas y creo que es hasta útil, porque cualquier escrito del tema que sea refleja indudablemente la sociedad, la historia, la cultura, el ambiente y los criterios artísticos vigentes de un momento histórico.

Así que luego de los saludos de rigor, vamos a lo que vinimos frente a un público tan diverso pero unido en el amor y el compromiso con la historia de nuestros pueblos y con la historia de Puerto Rico.

Lo primero que tengo que decir es que el libro, cuyo título es: La Central Lafayette: riqueza, desarrollo y política en el sureste de Puerto Rico; es un libro atractivo, bonito, bien diseñado, de tamaño razonable, “friendly” en inglés de Puerto Rico, que desde su hermosa portada inspira a ser leído. La inclusión en el momento preciso de tablas sencillas, que añaden claridad a la lectura, y de mapas y fotos que de por sí son un testimonio visual de la historia, me facilitó su lectura y su entendimiento.

Las fotos de por sí son verdaderos tesoros de la historia visual puertorriqueña, pues en su gran mayoría son de la colección Moscioni y de la colección Manautou. En la preparación y la publicación de este libro hay manos amorosas y manos expertas. Y es que en los momentos en que vivimos, un libro, cualquier publicación, una revista, una película, aparte de la excelencia y la calidad de su contenido, tiene que ser cómoda y atractiva a la lectura, y de eso también sabe mucho la amiga Gloria Tapia, quien dirigió por mucho tiempo y en tiempos difíciles la Editorial del Instituto de Cultura Puertorriqueña, que tanta falta hace su presencia en la vida cultural del país.

El libro tiene seis capítulos y consta de 301 páginas, de las cuales 39 de ellas contienen más de un millar de útiles notas al final de cada capítulo y una sólida bibliografía final de 13 páginas adicionales.

Desde las palabras de presentación del Dr. Luis González Vales, Historiador de Puerto Rico, quien fue el director de esta tesis, del prólogo del historiador Marcial Ocasio y la introducción de la Dra. Tapia, el lector se da cuenta de que se trata de un libro de historia diferente, y también de

una historia diferente, donde se cita a Luis Llorens Torres, y luego a Palés Matos, y a Carlos Fuentes y a Ana Lydia Vega como fuentes de inspiración para, y cito a Gloria Tapia:

***“...hilvanar una historia regional del sureste de Puerto Rico utilizando de referencia los pueblos de Arroyo, Patillas y Maunabo como ejes de explotación sacarina y el estudio de su particular relación con una familia de origen corso: la familia Fantauzzi.”***

Y aquí en este párrafo inicial la autora nos aclara que no se trata de la historia de una familia distinguida, que no es la historia de unos apellidos, que tampoco se trata de la historia económica de una central, ni siquiera de un pueblo en particular. Se trata de un relato cronológico del dinámico y accidentado proceso histórico, social, económico y político que caracterizó la región sureste de Puerto Rico y que según la autora “trascendió lo regional y lo temporal” para reflejar el proceso histórico de la nación puertorriqueña durante casi un siglo, entre el 1853, cuando se funda la Sociedad Mercantil Fantauzzi Hermanos en el puerto de Arroyo, hasta que el gobierno adquiere en 1936 la Central Lafayette y finalmente cierra operaciones en el 1973. Y esta visión regional de la historia es uno de los grandes aciertos de este libro.

Mis años de experiencia, que creo son bastantes, me han enseñado que tanto en la historia como en la arqueología, los estudios regionales, cuyos parámetros los define muchas veces la geografía y la propia naturaleza, tienen una mayor utilidad y validez que los que están delimitados por estrictos parámetros cronológicos, políticos o municipales. Los procesos históricos no comienzan o terminan en fechas particulares, tampoco tienen unos parámetros de tiempo definidos, ni en el caso de las regiones, estas tampoco están determinadas por actuales o antiguos límites políticos o artificiales. Por eso cuando un estudiante me dice que quiere investigar la arqueología del municipio de Las Piedras, o la historia de Gurabo, siempre les doy mi consejo, o mi cantaleta. Los actuales límites políticos de los municipios no son muchas veces categorías reales para estudiar los procesos históricos ni mucho menos los arqueológicos. Y esto pasa también con Utuado por ejemplo, en ocasiones llamado en la antigua historia el Valle de Otoao, y vaya usted a saber de dónde a dónde y hasta donde llegaban los confines del valle del Otoao.

Yo no voy a resumir los capítulos ni contar las múltiples historias, ni las cifras económicas, que relata la autora en su libro. Solo quiero entrar en algunos detalles que aunque a veces muy

específicos, le darán al público las claves para estimular el interés en leerlo, espero que igual que ocurrió conmigo.

A través del libro hay factores de la realidad medioambiental y la geografía que como mantras se repiten al momento de señalar factores negativos causantes de problemas económicos y sociales de toda índole: En el caso de la región sureste de Puerto Rico la constante son los huracanes, pues el este y en particular el sureste es la puerta histórica natural de las tormentas y huracanes que con regularidad azotan la isla causando estragos de todo tipo. Igual de terribles han sido las sequías, que a pesar del desarrollo de los sistemas de riego por toda la región desde el siglo XIX, afectan la producción agrícola, promueven los fuegos y causan todo tipo de trastornos sociales.

La historia de la Central Lafayette y de la industria azucarera de todo el sur de Puerto Rico, pero en particular del sureste, está marcada por estos factores, que todavía en pleno siglo XXI causan estragos y son motivo de constante atención en la población puertorriqueña. Cuando apenas se levantaba la economía cañera luego de un periodo largo de terribles sequías entonces azotaba un huracán que arrancaba todo, incluyendo las estructuras de los molinos y haciendas. De principio a fin tenemos en el libro: huracanes, sequías, tormentas, fuegos, inundaciones, y vuelven las sequías....

Contra las tormentas, huracanes e inundaciones no había mucho que hacer pues son fenómenos imprevistos y ajenos al control humano. Y así son todavía, a pesar de todo el adelanto tecnológico con el que contamos en la actualidad. En relación a la sequía el ingenio creativo de los Fantauzzi y demás empresarios azucareros se unió para crear, poco a poco, un sistema de riego, del cual todavía se conservan algunos de sus canales y esclusas, que partiendo de los ríos y luego del Lago de Patillas, le daba un respiro a los agricultores en tiempos de sequías intensas. Desconozco si existe un estudio de este ingenioso y complejo proyecto de ingeniería que se comenzó en el siglo XIX y funcionó por todo el siglo XX, pero es un tema que merece ser estudiado y preservado para la memoria histórica y para el futuro desarrollo agrícola de la zona. Durante los años 80 y 90 del pasado siglo, en mis estudios arqueológicos en la zona que abarca de Salinas a Guayama, recuerdo haber visto grandes segmentos de todo este complejo sistema de canales de riego, incluyendo un canal elevado en altas pilastras de concreto, que le llamábamos el Acueducto de Segovia, por su lejano parecido al famoso acueducto romano en dicha ciudad española, y un segmento del canal que discurre a través de un corto túnel a través de una colina.

Recuerdo a los jóvenes de un barrio cercano al lugar que lo utilizaban como chorrera de diversión, y decían que era su “Plaza Acuática”.

Otro gran proyecto que surgió alrededor de la producción azucarera lo fue la construcción del sistema o la red ferrocarrilera que comenzó en Arroyo para el 1880 y que eventualmente cubrió toda la región, conectando las propiedades y ampliando la capacidad productiva de la Lafayette. Para 1892 decía un empresario de la región que: ***“Con el ferrocarril veremos levantarse las factorías centrales, abrirse canales de riego y multiplicarse todos los medios que nos pongan al abrigo de calamidades como las sequías que han hecho yermas regiones en otro tiempo ricas y abundantes, como las de Guayama y Arroyo”.***

Pero no solamente son términos y conceptos geográficos como lo son: tierras, costa, valles, sequía y huracanes, los que a través del libro definen la historia de la Central Lafayette y de sus dueños, que es también repito, la historia de los puertorriqueños y puertorriqueñas de la región sureste de nuestra isla.

Las epidemias, particularmente el cólera, fue otro de los factores naturales mencionados en el libro que trastocaban las relaciones de producción pues diezmaban la población más debilitada y explotada, la mano de obra esclava.

Otro aspecto que me llamó mucho la atención, quizás desde una perspectiva sanjuanera y capitalina, es la presencia extranjera en Arroyo y en toda la región sureste; una presencia activa y constante que marcó la vida económica, social, política y cultural de todos estos pueblos. Y como no hablar de la importancia extranjera si fueron los Fantauzzi, corsos, los que fundaron y desarrollaron este emporio que fue la Central Lafayette, nombre francés, durante casi todo el siglo XIX y gran parte del siglo XX. Este impacto extranjero se refleja en los nombres corsos, ingleses, franceses, catalanes y de otras nacionalidades de las familias de los principales hacendados, comerciantes y políticos que marcaron esta historia: Fantauzzi, Mariani, Gilfucci, Overman, Lind, Walker, McCormick, Clausell, Napoleoni, Belgodere, Vergés, Lorenzi, Gautier y tantos otros. Estos nombres quedan en la geografía, en la toponimia de la región, en los sectores, barrios y calles, y obviamente en los nombres de la gente, en las tradiciones, en las comidas, en la sangre, en la vida cotidiana de los seres humanos de carne y hueso de Arroyo y de otros pueblos cercanos.

Arroyo en particular debió ser un enclave extranjero, una colonia europeizada, en su momento de mayor desarrollo y actividad económica finales del siglo XIX y principios del XX. Y aquí les voy a contar un sueño, bueno casi una pesadilla, que tuve una de las noches cuando luego de leer el capítulo donde se habla de la población extranjera de la región de Arroyo, me quedé dormido. Soñé que, junto a una estudiante, estábamos haciendo una encuesta para un estudio y que llegamos a un pueblo pequeño donde la gente no parecía gente de aquí, de Puerto Rico, pues tenían una ropa como europea, antigua, trajes largos las mujeres y los hombres sombreros y bastones. No sabíamos el nombre del pueblo pues todos los rótulos estaban en idiomas desconocidos para nosotros y entonces la primera pregunta que hacíamos a todos los que nos encontrábamos en la calle, que era una calle de tierra rodeada de casas de madera, era: “¿Cómo se llama este pueblo?” Y la gente nos contestaba en diversos idiomas pero que ninguno nos decía un nombre que pudiéramos reconocer. Y así seguimos por toda la calle principal y nos contestaban palabras que para nosotros eran incoherentes o sin sentido. Y la estudiante decía que no podía reconocer los idiomas diversos que la gente hablaba. Y llegó un momento de desespero porque nadie nos aclaraba el misterio y entonces yo me acordé, en el sueño, y le dije: “Pues este pueblo debe ser Arroyo, porque estoy leyendo un libro que dice que una gran parte de la población de Arroyo son extranjeros”.

Así que mitad en sueños, mitad verdad podemos imaginar un pueblo de Arroyo, donde se hablaban muchos idiomas, donde se importaban ropas y objetos domésticos europeos, y donde muchos de sus habitantes mantenían estrechas relaciones familiares y económicas con sus países de origen, y donde la producción de las mieles, azúcar, ron y otros productos agrícolas se dirigía mayormente a los puertos europeos y las transacciones financieras se realizaban a través de bancos y sociedades comerciales en París, Londres y Marsella, entre otras ciudades.

Para muestra un botón basta, nos dice el libro que para el 1835 los franceses controlaban el 48% de la producción azucarera y en Patillas el control llegaba al 82%. Dentro del grupo francés se incluían los de origen corso, ya que dicha isla había sido anexada por Francia.

También la carrera por la tecnología, por la eficiencia y la productividad de la industria azucarera marcan la historia de la Central Lafayette de Aguirre. Y en ese afán de obtención de ganancias, la lucha por la esclavitud y la lucha contra ella es una constante en gran parte del libro y que marca definitivamente las alzas y bajas del desarrollo agrícola y de la industria azucarera de la

región. A mayor productividad y ganancia, mayor explotación del trabajo esclavo. El libro narra una serie de estrategias, planificadas o espontáneas, que el pueblo esclavo, y también el pueblo negro libre, los llamados libertos, utilizaba para manifestar su oposición y resistencia al sistema esclavista: las fugas, los incendios de cañaverales, los brazos caídos y hasta la violencia defensiva, verbal y física contra las figuras que representaban el abuso y la explotación.

Ante las noticias de las experiencias de las revoluciones negras y criollas y la abolición de la esclavitud en gran parte de América Latina y los Estados Unidos, que eran comentadas por la población negra y esclava del país, un alcalde de la región sureste alertaba el 29 de mayo de 1868 a los hacendados de tales rumores y los trataba de calmarlos diciéndole: *“Esclavos de diferentes haciendas de este partido están hablando sobre el día que se les dará la libertad, ignorándose hasta ahora de donde ha podido nacer tan absurda noticia... Así que esta Comandancia no da importancia a tales nuevas, hijas de la malevolencia, quedando de objeto de alarma a estas poblaciones”*.

Unos meses después el dueño de la Hacienda Emilia de Arroyo denunció y castigó a una esclava de su propiedad por amenazarlo cuando se le escuchó decir mientras él limpiaba su escopeta y su puñal, que *“aunque ellos eran negros que si mañana no le daban su libertad de nada le serviría las armas a su amo”*. Señores, esta era una mujer bien brava, y tiene que haber sido una líder natural con conciencia de la lucha y la realidad de sus hermanos esclavos.

Otro caso en las que se destaca la lucha y la valentía de las mujeres, es el de María del Carmen Mojica, que según un informe del 3 de octubre de 1868 del alcalde de Arroyo, Francisco Gutierrez, dice que fue detenida porque se pasaba gritando por las calles *“libertad a los esclavos”* y fue enviada como demente al Asilo de Beneficencia de San Juan, que era el manicomio de la época.

El reconocimiento de la lucha de las mujeres, que hasta el momento han estado invisibilizadas por la mayoría de los historiadores e historiadoras de Puerto Rico, es algo que definitivamente resalta con orgullo la autora, que es parte de la recién creada Asociación de Investigación de la Historia de las Mujeres.

Recientemente tuve la oportunidad de ver la presentación en el Ateneo Puertorriqueño en San Juan la obra *“Iluminado Negro”* del dramaturgo Roberto Ramos Perea, que gira en torno a las



luchas raciales y sociales de la población negra y obrera de la región de Guayama a través de la vida de uno de sus principales líderes obreros e intelectuales de la época, don Manuel Alonso Pizarro. Y al leer algunas secciones de este libro pude entender que son las mismas luchas las que se daban en Arroyo, en Patillas, en Maunabo, en Salinas, en fin en toda esta zona tan particular que abarca la región de la Central Lafayette.

Pero la lucha casi centenaria de la familia y los hermanos Fantauzzi por desarrollar su imperio azucarero no solamente fue contra los elementos de la naturaleza como lo son los huracanes y las sequias. Ni tampoco fueron causados solo por la lucha abolicionista y luego la lucha obrera que con tanta fuerza se registró en esta zona. También las políticas coloniales e imperiales, primero de España y luego de los Estados Unidos, no parecían promover el desarrollo de una industria azucarera sólida y en continuo crecimiento. Y es que no puede ser de otra.

No hay manera, y en eso la historia es clara, de que los intereses económicos y políticos de un imperio, sea el que sea, sean los mismos o favorezcan los intereses de la población bajo el poder colonial. Por eso muchas de las llamadas reformas que de cuando en cuando se originaban en España y luego en los Estados Unidos, resultaban cortas y a veces hasta resultaban ser contraproducentes al desarrollo económico de los empresarios locales o criollos.

Para la década de los 30's del siglo pasado, ya en plena condición colonial norteamericana, las famosas y nefastas cuotas que fijaba el gobierno de los Estados Unidos para controlar la cantidad de azúcar refinada que podía entrar de Puerto Rico a los Estados Unidos, hacía insostenible el funcionamiento de las grandes centrales como la Mercedita y la Lafayette. De hecho en una carta en mayo del 1934 de la Asociación de Agricultores de Puerto Rico al gobernador Blanton Winship, estos rechazan la Ley Costigan, que es la que establece las cuotas, y hasta llegan a plantear un boicot de los puertorriqueños de no producir productos que no se permiten entrar al mercado americano como el azúcar, el tabaco y las frutas, y entonces sembrar productos que importamos de los Estados Unidos como el arroz, las habichuelas y el maíz.

En estos años el Partido Nacionalista y su líder don Pedro Albizu Campos, llenaron el vacío de las uniones obreras, ya convertidas en partidos políticos, y jugó un activo papel en las luchas de los trabajadores de la industria de la caña y en la organización de grandes movimientos huelgarios en toda la región sureste y en todo el país.

Unos pocos años más tarde, en el 1936, el gobierno federal, a través de la PRRA – Puerto Rico Reconstruction Administration, adquiere la Central Lafayette por casi cuatro millones de dólares, una fortuna para esos tiempos, para desarrollarlo como un proyecto experimental cooperativo.

La historia de la Central Lafayette no termina en el 1936, cuando se convirtió en el primero intento cooperativo de todo Puerto Rico entre colonos y trabajadores de la industria azucarera, ni tampoco en el 1973 cuando cierra oficialmente y para siempre sus operaciones. Como se puede ver en Arroyo y en toda esta región, de la Central Lafayette y del azúcar quedan los relatos, las leyendas, las estructuras de la Central, de las antiguas haciendas e ingenios, los segmentos de vías de tren y de los canales de riego, los nombres franceses y de otras nacionalidades de sectores, caminos, calles y barrios de Arroyo. Y mientras existan los vestigios, los recuerdos, la historia oral y la historia escrita y documental como lo es este extraordinario libro, tendrá vida la Central Lafayette en el corazón de los Arroyanos.

Gracias a la Dra. Gloria Tapia por preservar un importante capítulo de la historia del sureste de Puerto Rico para el orgullo de todos los puertorriqueños. Este esfuerzo por historiar una región de Puerto Rico en lo relativo a su industria azucarera puede servir de ejemplo para la investigación histórica en otras regiones de Puerto Rico. Recuerden que los procesos históricos se componen de fuerzas de diversa naturaleza y que interactúan entre sí de las más variadas maneras. Cada historia regional tiene sus motores que la impulsan y la desarrollan. Gloria supo encontrarlos y por eso su historia es tan fascinante y convincente. Ese es el reto tanto para los que escribimos la historia más antigua de nuestros ancestros como para los que se mueven entre documentos de los siglos bajo la dominación española, al igual que los que estudian e interpretan la historia de los siglos XX y lo que va del actual.

Buenos días y muchas gracias.